

## Weber y Durkheim: ¿Enemigos íntimos?

Lázaro de Jesús González Álvarez \*

### Resumen

El objetivo de este texto es demostrar que, a pesar de las notables diferencias entre la sociología interpretativa, propuesta por Max Weber, y el positivismo empirista, encabezado por Émile Durkheim, ambas corrientes presentan algunos puntos en común. Con tal propósito, partimos de la ubicación biográfica y contextual de los autores, así como de las influencias teóricas y metodológicas que recibieron. A través de un análisis crítico de sus respectivos enfoques epistemológicos señalamos las marcas de sus profundas divergencias, pero también de sus sorprendentes coincidencias.

**Palabras clave:** Sociología, Weber, Durkheim, positivismo, comprensivismo, métodos, teoría.

### Abstract

This text is aimed to prove that, even though there are remarkable differences between the interpretative sociology, proposed by Max Weber, and the positivist empiricism, leaded by Émile Durkheim, both schools of thought have some convergent points. In keeping with this purpose, we begin by the contextualization of the authors as well as their biographies. We will also consider the theoretical and methodological influences they received. Through the critical analysis of each of their epistemological approaches, we will shore not only their profound differences, but also their surprising coincidences.

**Keywords:** Sociology, Weber, Durkheim, positivism, comprehensivism, methods, theory.

---

\* Licenciado en Periodismo. Maestrante en Sociología en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México.

Correo electrónico: [ljalv@gmail.com](mailto:ljalv@gmail.com)

Fecha de recepción: 13 de noviembre 2013. Fecha de aceptación: 24 de julio 2014

La confluencia de dos ríos casi siempre deviene en un cuadro majestuoso, digno de admirar. Pero, cuando por capricho de la naturaleza convergen dos poderosas corrientes de agua superficiales, el paisaje se convierte en un espectáculo deslumbrante. Por ejemplo, el famoso caso del encuentro entre los dos ríos más importantes de América del Norte: el Mississippi y el Missouri. Cuesta afirmar cuál coloso fluvial es el primordial. Si bien técnicamente el último es un curso tributario, porque desemboca en el primero, no se trata de cualquier afluente: tiene 600 kilómetros más de longitud que el propio Mississippi y una cuenca tres veces mayor.

También en las Ciencias Sociales se producen extrañas e impensadas confluencias de autores monumentales, con razón considerados irreconciliables. Émile Durkheim y Max Weber representan polos extremos de la teoría y la investigación sociológica clásica, distinguidos –junto con Karl Marx– como los padres fundadores de esta joven ciencia. Dueños de un copioso caudal intelectual, ambos tributan, como fuente inagotable, a disímiles escuelas, muchas de ellas contrapuestas. Sin embargo, a pesar de su evidente divorcio epistemológico y metodológico, resulta sorprendente descubrir en las “desembocaduras” de sus pensamientos algunas “islas” comunes, no por menores insignificantes.

Al análisis de tan curiosa paradoja dedicaremos este breve ensayo, con el ánimo de hacer una modesta contribución al estuario fecundo de la sociología.

### **Viaje a la semilla**

Nuestros autores fueron contemporáneos y vivieron una cantidad de años similar. Aunque hijos de circunstancias dispares, expresaron, como comprobaremos, una misma preocupación global. La mayor parte de sus existencias transcurrió durante la segunda mitad del siglo XIX, época de expansión de las ideas nacionalistas. Durkheim falleció en 1917 a los 59 años de edad, en medio de la Primera Guerra Mundial; mientras que Weber murió dos años después de la firma del armisticio de Rethondes, con 56 años cumplidos.

La Francia en la que Durkheim alcanzó su madurez intelectual era la muy endeble de la Tercera República, marcada por la inestabilidad política y la cruenta lucha entre facciones. Los liberales avanzaban a paso lento con sus propuestas anticlericales y antitradicionalistas, bajo la amenaza constante

del regreso de la monarquía (en la figura del popular general neobonapartista Georges Boulanger) y de la Comuna de París (añorada por el movimiento obrero). En ese agitado entorno, Durkheim abrazó las banderas del laicismo y el cientificismo, y se forjó la firme convicción de devolverle a su país un orden moral supremo, erigido sobre nuevos cimientos.

Entretanto, más al noreste, en el desfasado Imperio Alemán, la modernización económica transitó por rutas bien distintas a las de sus vecinos europeos, promovida por una burguesía en extremo conservadora, que representaba los intereses de las clases feudales (los *junkers*). Weber vivió en carne propia este conflicto en el seno de su familia, pues sus parientes maternos, protestantes, defendían posiciones más progresistas y liberales; al tiempo que su padre, miembro del *Reichstag* (parlamento), mostraba una completa identificación con las consignas moderadas del “canciller de hierro”, Otto von Bismarck, destituido en 1890. La diferida formación del estado nacional germánico supuso una lenta modernización de las instituciones políticas, que presentaban estructuras poco democráticas<sup>1</sup>.

Tales dilemas se reflejaron en la obra de Weber, quien, a diferencia de Durkheim, resultó un feroz crítico del capitalismo; pero opuesto a los cambios violentos promovidos por los marxistas (muy leídos en Alemania, casi desconocidos en Francia). En la actitud reformista ciertamente Weber coincidía con el galo, cada uno con sus matices.

Durkheim llegó a interesarse incluso por el socialismo, aunque sólo en los aspectos relativos a la regeneración moral (su verdadera obsesión), en detrimento de los pilares económicos y políticos del modelo. Subestimaba los conflictos de intereses entre propietarios y trabajadores (actores), y propuso como solución a la fragmentación de la sociedad un hecho social —una estructura integradora—: las asociaciones profesionales. En el prólogo a la segunda edición de *La división del trabajo social* sugirió que estas asociaciones, superiores a los sectarios sindicatos y gremios de empresarios, podían restablecer en las fábricas la moralidad común perdida durante la era industrial. Quedaba al desnudo así su tímido reformismo.

También partidario de las transformaciones graduales, Weber apostaba, en cambio, por la fuerza de los grandes líderes políticos, personajes carismáticos capaces de enrumbar hacia buen puerto las dinámicas y

tirantes relaciones entre los diversos actores sociales y las estructuras creadas por ellos. Tenía serias reservas en cuanto a la capacidad de las masas para fundar una sociedad mejor.

Hombres del mundo académico, profesores universitarios, los dos concordaron en su disposición de trascender la labor intelectual y, en consecuencia, asumieron fugaces protagonismos políticos que, por infructuosos, no tardaron en abandonar.

### **El jardín de los senderos que se bifurcan**

A propósito de condicionamientos culturales, cabe destacar que la influencia de las ideas científicas imperantes en sus respectivas sociedades, dejó una profunda huella en los divergentes enfoques metodológicos que ambos pensadores adoptaron.

En Francia, la sociología surgió como réplica a la Ilustración, de la cual tomó algunos postulados, pero criticó la mayoría. En las bases filosóficas de la sociología francesa encontramos la oposición reaccionaria de los católicos Louis de Bonald y Joseph de Maistre; quienes, frente al énfasis en el individuo y la razón enarbolado por el Iluminismo, ponderaron el estudio de unidades de análisis más tradicionales: familia, roles, instituciones, relaciones estructurales, iglesia, jerarquías...; así como la relevancia de elementos irracionales: ceremonia, culto, imaginación, emoción, etcétera.

De esta tendencia conservadora, la sociología clásica heredó la visión orgánica de la sociedad como un todo superior a sus partes (los individuos), y la centralidad de los valores en su rol unificador, garantes de cohesión, equilibrio y estabilidad. No obstante, del pensamiento ilustrado tardío, aceptó de buena gana uno de sus principales aportes: el método científico, en particular el empirismo, antípoda filosófica de la primigenia corriente racionalista<sup>2</sup>.

En respuesta a la “negativa” crítica de la razón a las miserias e injusticias de la Era Moderna, germinó en Francia la necesidad de verificar (y afirmar) las teorías y los hechos reales a través de un único método científico validado por la experiencia: el “positivismo”. La realidad no se subordina a ninguna razón trascendental; al contrario, está sujeta a leyes semejantes a las del resto de la naturaleza. “Física social” le

llamó Auguste Comte a esta tradición ideológica francesa, que luego Émile Durkheim perfeccionó y llevó a su máxima expresión<sup>3</sup>.

También en la ciencia política, el propio Durkheim reconoció raíces teóricas; menciona especialmente al Barón Charles de Montesquieu como un precursor sobresaliente. Aunque este centró sus reflexiones en torno a las instituciones políticas, empleó una clara perspectiva sociológica al plantear la posibilidad de construir una tipología de sociedades, fundamentada en la experiencia histórica (idea que desarrollaría Weber con sus *tipos-ideales*, como veremos más adelante). En efecto, Durkheim recibió de Montesquieu el “batón” conceptual sobre las variaciones en las modalidades de solidaridad generadas por la división social del trabajo, columna vertebral de su obra.

La construcción de una tipología de sociedades, que permitiera la comparación entre ellas y, por otra parte, la intención de encontrar leyes de lo social, junto con una serie de hipótesis acerca de las relaciones entre el desarrollo social y el desarrollo político, permiten considerar legítimamente a Montesquieu como un precursor, como el primero de los pensadores adscritos a la filosofía de la Ilustración que tiende un *punte conceptual* hacia el desarrollo de la sociología como disciplina centrada en un objeto autónomo de conocimiento. (Portantiero, 1991: 6, cursivas añadidas)

La defensa a ultranza de la autonomía de la sociología como ciencia, constituyó una causa común en las vidas de Durkheim y Weber, quienes se empeñaron en delimitar bien el campo de la nueva disciplina, ante los reclamos redentores de otras ramas sociales como la filosofía, la historia, la economía, la ciencia política, el derecho y, en especial, la psicología.

En los últimos años y a pesar de todos los antagonismos, la causa de la sociología objetiva, específica y metódica ha ido ganando terreno sin cesar (...) Así hemos podido darnos cuenta de que no estaba condenada a seguir siendo una rama de la filosofía general, y que, por otra parte, podía entrar en contacto con los detalles de los hechos sin degenerar en mera erudición. (Durkheim, 2001: 14)

La sociología construye conceptos-tipo (...) y se afana por encontrar reglas *generales* del acaecer. Esto en contraposición a la historia, que se esfuerza por alcanzar el análisis e imputación causales de las

personalidades, estructuras y acciones *individuales* consideradas *culturalmente* importantes. (Weber, 2008:16)

Precisamente, uno de los mayores obstáculos que encontró la sociología para reivindicar su independencia en Alemania, fue el lastre positivista que le endosaron sus progenitores franceses. A Weber le corresponde el mérito de enfrentar tales prejuicios y patentar, desde una teoría y una práctica de investigación alternativas, la legitimidad científica del sociólogo.

La disposición intelectual del alemán hacia la especulación y el pensamiento abstracto, el desprecio hacia un estilo del pensar más pragmático y empírico, e inclinado hacia un ideal semejante al proclamado por las ciencias naturales, fueron factores intelectuales que retardaron la legitimación de la sociología en el mundo académico alemán. (Fleitas, 2005: 230)

Se considera *Comunidad y Sociedad* (1887) el primer libro de sociología publicado en Alemania. Curiosamente, su autor, Ferdinand Tönnies (1855-1936), influyó de manera notable tanto en Weber como en Durkheim. En su obra, Tönnies sopesó muchos de los principios de la filosofía germánica de la época –signada por el profundo sentimiento irracional de pensadores de la talla de Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche<sup>4</sup>–, y abrió una brecha en la infértil y prolongada discusión entre “ciencias de la naturaleza” y “ciencias del espíritu”<sup>5</sup>.

Al ocuparse de las relaciones sociales como fruto de la voluntad<sup>6</sup> de los hombres, Tönnies terció en el debate y argumentó que lo inmaterial, cultural o propio del espíritu no solo podía intuirse, sino conocerse; pero no mediante los métodos positivistas calcados de la metodología de las ciencias “duras”, sino a través de la comprensión empírica de los significados que le atribuyen los actores a sus acciones, los motivos “últimos” de su proceder. No se explican los fenómenos sociales con leyes generales. Las ciencias naturales son nomotéticas; las ciencias sociales, ideográficas<sup>7</sup>.

La distinción tönniiana entre *comunidad* y *sociedad* se refería a dos variantes de organización social que nunca se dan en su estado puro: el ámbito orgánico, primigenio (y aristotélico) de *lo doméstico*, frente al espacio de *lo social*, organizado artificial y mecánicamente por los sujetos, en base al contrato tan estudiado por los iusnaturalistas. En el primer modelo de asociación, según él, predomina la *voluntad*

*natural* o *esencial*; y, en el segundo, la *voluntad racional-instrumental*, ambos coexisten en relación dialéctica. Quebró así la dicotomía entre razón y pasión, arguyendo que los dos polos coexisten en una tensión constante que condiciona la acción humana.

Como podemos apreciar, Tönnies legó un rico caldo de cultivo del que se nutrió Weber para realizar su extraordinaria contribución a la sociología, tras adiestrarse en los vastos recursos de la historia y la economía. Weber utilizaría de forma explícita las definiciones de su compatriota sobre *comunidad* y *sociedad*, herramientas analíticas similares a los *tipos-ideales*. Además, trascendería aquel simple paralelismo al abundar en las diferencias entre la acción racional e irracional.

### **Mar adentro**

La estela de la obra de Tönnies se percibe claramente, asimismo, en la producción científica de Durkheim. En su disquisición acerca del impacto de la división del trabajo en la estructura de la sociedad, el francés estableció una tipología de comunidades de acuerdo a la naturaleza del lazo social que aglutina a sus integrantes. Al hacerlo, invirtió el esquema töniano y concluyó que en la comunidad primitiva – donde todos los miembros realizan actividades heterogéneas, semejantes entre sí, y las familias son autosuficientes –, prevalece la *solidaridad mecánica*; mientras que la *solidaridad orgánica* mantiene unidos a los individuos en las sociedades modernas, donde las personas dependen de los servicios de terceros para sobrevivir, dada la acentuada especialización de las profesiones y oficios.

En consonancia, Durkheim (2002) asoció la *solidaridad mecánica* con el *derecho represivo*, orientado a la venganza y administrado por las masas, con base en una sólida y masiva moralidad común; entretanto, las sociedades con *solidaridad orgánica* se caracterizan por su *derecho restitutivo* (leyes), responsabilidad de entidades especializadas (la policía, los tribunales) y encauzado a la reparación de los daños.

Todo este modelo descansa sobre la asunción de los *hechos sociales* como realidad objetiva, su incuestionable exterioridad, y el predominio de las estructuras de la sociedad sobre sus integrantes:

Esto es lo que de tan singular tiene el concepto de coerción social, pues todo lo que implica es que las maneras colectivas de actuar o de pensar tienen una realidad fuera de los individuos, los cuales se ajustan a ella todo el tiempo. Son cosas que tienen una existencia propia. El individuo las encuentra ya formadas y no puede hacer que no sean o que sean de un modo distinto a como son; está, pues, obligado a tomarlas en cuenta, y tanto más difícil (aunque no decimos imposible) es para él modificarlas cuanto que, en grados diversos, participan de la supremacía material y moral que la sociedad tiene sobre sus miembros. (Durkheim, 2001: 30)

En el esquema durkheimiano, la autoridad externa que gobierna los destinos de los actores con su fuerza moral, normativa y social, es la *conciencia colectiva* o *común*, un conjunto de creencias y sentimientos compartidos por la mayoría de los integrantes de una sociedad, diferente y superior a la mera suma de las conciencias individuales (Durkheim, 2002). El debilitamiento de esa *conciencia colectiva*, inherente al incremento de la división del trabajo, produce la principal “patología” de la era industrial: la insuficiente integración de las personas a la sociedad. De ahí, su obsesión confesa por los procesos de socialización, en particular la educación moral, cuyos tres objetivos esenciales deben ser: disciplinar, lograr aceptación voluntaria de las normas y crear el sentimiento de respeto y dedicación a la sociedad (1998).

Esta asunción de la realidad social como *cosa exterior* que es preciso estudiar “desde afuera” de los sujetos conscientes que se la representan, resultó a la postre una contribución capital para el surgimiento de la sociología jurídica; pues, para estudiar los fenómenos no jurídicos (a excepción quizá de los fenómenos éticos), “la posición más natural es mirarlos desde afuera, mientras que quien observa su propio sistema de derecho tiende espontáneamente a meterse dentro de él; y si no puede erigirse en legislador-reformador, se comporta por lo menos como intérprete” (Carbonnier, 1982: 67). Con esta regla objetiva Durkheim establece el fundamento para deslindar la Sociología jurídica de la dogmática jurídica. Dicha dualidad resultó posteriormente desarrollada en Alemania, sobre todo por Weber, cuyo aporte fundamental a esta rama de la sociología fue la distinción entre el estudio dogmático de la regla jurídica y el análisis empírico causal del orden jurídico legítimo en una comunidad determinada. El *orden legítimo* representa, en la teoría sociológica weberiana, “la institucionalización de la conexión de sentido de las acciones sociales de los individuos. De tal forma que –los individuos– orientan sus acciones por la representación de la existencia de un orden legítimo” (Fariñas, 1989: 21).



Fueron Émile Durkheim en Francia, pero sobre todo, Max Weber en Alemania, quienes empiezan a consolidar la Sociología jurídica como una ciencia autónoma y con un sistema conceptual propio dentro de la disciplina jurídica. Es cierto que los conceptos que usan los dos autores son, en gran medida, conceptos sociológicos o jurídicos previos, pero que al referirse, dentro del marco de análisis de la Sociología jurídica, los primeros al Derecho y los segundos a su relación con la sociedad, se reformulan y crean su propia idiosincrasia, se convierten en conceptos sociológico-jurídicos (Noguera, 2006: 398).

Aunque Weber no cae en el “autoritarismo normativo” de Durkheim, coincide con este en reconocer la importancia de las creencias compartidas para el actuar de los individuos. Así lo evidencia en su obra más famosa *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, donde se empeña en demostrar cómo el ascetismo (un tipo de conciencia colectiva rutinizada), sale de los acotados límites de los conventos monacales católicos, se desparrama por la vida intramundana con toda su energía protestante; “le rompe las cadenas al afán de ganancia, no sólo haciéndolo legal sino considerándolo expresamente como querido por Dios” (Weber, 2006: 223), y le abre el paso al espíritu capitalista, que triunfa sobre la recia ética tradicionalista.

La convergencia de ambos autores en cuanto al marcado interés por los procesos de socialización queda también explícita en la mencionada *La ética...*, cuando al vincular (imputar) causalmente el espíritu del ascetismo cristiano, la idea de profesión y el modo de vida racional, Weber condiciona el surgimiento del espíritu capitalista a un factor cultural: la esfera de los valores intersubjetivos.

(...) esa valoración que convertía al trabajo profesional sistemático, permanente e infatigable en el medio ascético más elevado y en la acreditación más visible y segura del hombre regenerado y de la autenticidad de su fe, debió ser ciertamente la palanca más poderosa que se pueda pensar para la expansión de esa concepción de la vida que hemos denominado aquí “espíritu” del capitalismo. (Weber, 2006: 224-225)

Weber rechaza de forma tajante la posibilidad de que el espíritu del capitalismo fuera un resultado del desarrollo económico. El moderno *habitus* (entendido hoy a la manera de Pierre Bourdieu) tuvo que imponerse en dura lucha a un fuerte enemigo ideológico: la mentalidad tradicionalista. Por tanto, su fuerza debió emanar de la voluntad colectiva de nutridos grupos humanos con una periódica e intensa

socialización. En su génesis, la ética social de la cultura capitalista está fuertemente anclada a la personalidad de cada individuo, mediante los mecanismos imperativos de una nueva moral religiosa: el protestantismo ascético de impronta calvinista-puritana. A pesar de fomentar un estilo de vida racional, esta nueva moral le aportó al espíritu capitalista, al decir de Weber, un sólido elemento irracional: la entrega incondicional al trabajo.

Análisis dialécticos como el anterior son los que distancian a Weber del maniqueísmo de Durkheim, quien naturalizó a la sociedad y le confirió a la sociología el estatus de ciencia empírica de las instituciones<sup>8</sup>, destinada a ocupar en el nuevo (y espontáneo) orden social el lugar que ostentaba antaño la fe religiosa, tal y como lo concibió el visionario Claude-Henri de Saint-Simon, a despecho de los conservadores Bonald y Maistre. En su estudio de *Las formas elementales de la vida religiosa* (1982), encontramos otra convergencia de Durkheim con Weber, al aseverar que en la sociedad moderna Dios ha quedado suprimido al mismo tiempo que perpetúa su presencia. Pero Durkheim no se refiere al Dios espiritual que desde el fuero interno de los protestantes legitima y promueve la actividad económica y científica, tal y como postula Weber. “Con Durkheim el proyecto moderno se radicaliza, no sólo liberándose la sociedad de la herencia religiosa, sino elevándose ella misma a los altares. Un nuevo Dios, al mismo tiempo inmanente y trascendente” (Santiago, 2011 348).

### **Actor socializado vs. Actor coartado**

A pesar de algunos matices<sup>9</sup> deslizados a lo largo de *Las reglas del método sociológico* –y que Durkheim no desarrolla en su obra–, puede afirmarse que concibió al actor y los procesos mentales como secundarios, variables dependientes de los hechos sociales. Juzgaba imposible conocer directamente los hechos sociales inmateriales o internos (normas, valores, moralidad, conciencia colectiva, corrientes sociales). Ese examen le tocaría en cualquier caso a la filosofía. Para estudiarlos científicamente es necesario investigar los hechos sociales materiales que reflejan la naturaleza de los hechos inmateriales y sus alteraciones (Durkheim, 2001).

Weber convino con Durkheim en la defensa absoluta de la “neutralidad valorativa” en la investigación sociológica objetiva. Sin embargo, al contrario del francés, Weber defendió la validez del estudio sobre las valoraciones prácticas, y su utilidad científica para considerar las causas<sup>10</sup> empíricas de la acción

humana (los motivos últimos tönnesianos), así como para comprender<sup>11</sup> los basamentos reales de puntos de vistas valorativos contrapuestos (1958). Disentía también en la concepción de la ciencia como fin. Si Durkheim heredó de Auguste Comte la visión preeminente de la sociología como la fuerza científica dominante del mundo, Weber mostró más cautela y dejó en claro que el papel de la disciplina es más bien auxiliar, carece del poder de arrojar soluciones mágicas a los conflictos entre fines y medios: “No hay procedimiento científico (racional o empírico) de ninguna clase que pueda brindarnos aquí una decisión. Menos todavía puede *nuestra* ciencia, que es estrictamente empírica, pretender ahorrar al individuo semejante elección” (1958: 239).

A contrapelo de Durkheim, Weber manifestaría su marcado interés científico por el mundo subjetivo del sujeto, como motor básico de la acción social. Si bien admitía la relevancia de las estructuras colectivas, solía reducirlas a patrones y regularidades de la acción individual:

Para otros fines de conocimiento (p. ej., jurídicos) o por finalidades prácticas puede ser conveniente y hasta sencillamente inevitable tratar a determinadas formas sociales (estado, cooperativas, compañía anónima, fundación) como si fueran *individuos* (por ejemplo, como sujetos de deberes y derechos, o de determinadas acciones de alcance jurídico). Para la interpretación comprensiva de la sociología, por el contrario, esas formaciones no son otra cosa que desarrollos y entrelazamientos de acciones específicas de personas individuales, ya que tan solo estas pueden ser sujetos de una acción orientada por su sentido. (...) No existe para ella una personalidad colectiva en acción. Cuando habla del “estado”, de la “nación”, de la “sociedad anónima”, de la “familia”, de un “cuerpo militar” o de cualquier otra formación semejante, se refiere *únicamente* al desarrollo, en una forma determinada, de la acción social de unos cuantos individuos, bien sea real o construida como posible (Weber. 2008: 12).

Aun así, algunos autores<sup>12</sup> han advertido serias incongruencias en la cosmovisión weberiana cuando intentan constatarla en su obra sociológica, abrumadoramente centrada en las grandes estructuras sociales: racionalización, burocracia, estado, religión, capitalismo... Desde esa óptica el teutón se acercaría más de lo que aparenta a su rival galo, conocido por sus estudios acerca de la educación, la moral, las formas religiosas y las asociaciones.

El énfasis de Weber en la importancia de significados y motivos (individuales) en la explicación causal de la acción social no se corresponde adecuadamente con el verdadero modo de explicación que se deriva de sus estudios histórico-comparativos de las religiones mundiales. Más aún, el último nivel de la explicación causal en la obra substantiva de Weber es el de las condiciones socioestructurales bajo las que ciertas formas de significados y motivación pueden adquirir importancia histórica. (Fulbrock en Ritzer, 1993: 261)

Sin embargo, en mi opinión, al contraponer el individualismo metodológico con los intereses macrosociales de Weber, se comete un grave error epistemológico: confundir los medios con los fines. Aunque, al igual que Durkheim, el genio germano pone las miras de su investigación sociológica en complejas estructuras sociales, parte de una premisa capital que lo separa de aquel:

El propósito del “comprender”, como modo de consideración, es también, en definitiva, el fundamento por el cual la sociología comprensiva trata al individuo aislado y a su obrar como la unidad última, como su “átomo”, si es que se nos admite esta peligrosa comparación. (...) El individuo constituye, para ese modo de consideración, el límite y el único portador del comportamiento provisto de sentido. (...) Pertenece a la índole, no solo del lenguaje, sino también de nuestro pensamiento el que los conceptos con que es aprehendido el actuar hagan aparecer a este con el aspecto de un ser fijo, de una formación semejante a una cosa o a una “persona” que lleva vida propia. Lo mismo sucede, y hasta particularmente, en la sociología. Conceptos como “Estado”, “feudalismo”, “corporación” y otros parecidos designan, para la sociología, en general, categorías que se refieren a modos determinados de actuar humano en sociedad, y por lo tanto su tarea consiste en reducirlos a un actuar “comprensible”, lo cual significa, sin excepción, al actuar de los hombres participantes. (1958: 187-188)

Entonces, a la tajante afirmación de Fulbrock puede objetarse el clásico “Sí, pero no”; pues Weber propone desechar el tratamiento positivista de los órdenes sociales, reivindicando el rol activo de las personas en sus modos de organización. Su configuración sociológica subraya la perspectiva del *actor socializado*, es decir: 1) la comprensión que los propios sujetos tienen de su función dentro de la madeja de relaciones sociales, y 2) las secuelas que dicha comprensión tiene en su interacción con el resto de los integrantes y las instituciones. Ello no subordina las estructuras sociales a la voluntad del hombre, ni mucho menos; tan solo les resta omnipotencia a aquellas y las ubica al alcance de la intencionalidad de

este. Con esta concepción compleja sobre el individuo, Weber no niega del todo las ideas durkheimianas; las matiza a partir de un pensamiento dialéctico.

En ese aspecto, a mi modo de ver, no existe tal contradicción en la obra de Weber, pues: ¿Qué es *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, sino un desmontaje sobre cómo *lo institucional* (la religión) interactúa con *lo individual* (intereses profanos personales) dentro de los límites de un marco histórico específico, y da lugar a un *ethos* racional ascético (secular), que se troca en sentido común en las sociedades occidentales? En el sustrato de la sugerente y polémica propuesta weberiana (2006) subyace la defensa de que no es posible separar relaciones sociales y mecanismos subjetivos. De otro modo no podría explicarse cómo del ideal ascético, despojado de su significación religiosa, nació la ética económica capitalista, conclusión final del libro.

En eso estriba la principal desavenencia con Durkheim: mientras el francés apuntaló su trabajo científico sobre el concepto de *hechos sociales* (datos y coercitivos), el alemán concentró su labor en torno a la *acción social* (en constante tensión y construcción).

El procedimiento de análisis racional adoptado por Weber para aprehender sus objetos de estudio es lo que se ha dado en llamar “sociología interpretativa” o “comprensivismo”. El término comprensión en alemán se escribe *verstehen*, una palabra que Weber utiliza mucho y con un significado especial en sus textos, la cual ha devenido en uno de sus aportes cardinales a la metodología sociológica. Ahijada de la hermenéutica<sup>13</sup>, la *verstehen* era una concepción bastante común en el gremio de historiadores alemanes de aquella época, del cual proviene Weber, quien la usó para comprender fenómenos tanto de pequeña como de gran escala.

Las tres fases del método sociológico weberiano son: comprensión, interpretación y explicación, las cuales se superponen en igualdad de condiciones, sin que una descuelle sobre las demás. Las herramientas teóricas y procedimentales propicias para aproximarse de manera lógica a un objeto de estudio y descifrar sus causas son los famosos *tipos-ideales*. Dichas construcciones heurísticas rompen con el método inductivista del positivismo y sintetizan las inquietudes nomotéticas e ideográficas de Weber; toda vez que, según él, no deben ser ni muy generales ni excesivamente específicas, en aras de recuperar al mismo tiempo la particularidad y la universalidad de los hechos.

Cualquiera que sea el contenido del tipo ideal racional (...), su construcción tiene siempre, dentro de las investigaciones empíricas, el único fin de “comparar” con él la realidad empírica, de establecer su contraste o su divergencia respecto de él, o su aproximación relativa, a fin de poder, de este modo describirla, comprenderla y explicarla por la vía de la imputación causal, con los conceptos comprensivos más unívocos que sea posible. (1958: 264)

### **(In) conclusiones con sabor a prólogo**

Tanto Durkheim como Weber fueron autores en extremo prolíficos (más el segundo); la vastedad de sus obras no puede encapsularse en pocas páginas. Sus nombres encabezan las dos grandes escuelas de la sociología clásica<sup>14</sup>, encaradas en muchos aspectos teóricos, epistemológicos y metodológicos. El primero mucho más fácil de leer, con un desarrollo teórico coherente y unitario; el segundo, dueño de una erudición asombrosa, maestro en muchos frentes de conocimiento y recriminado por las múltiples ambigüedades (y hasta supuestas contradicciones) de su legado científico. Ciertamente la oscuridad de su lenguaje, las construcciones sintácticas enrevesadas, su estilo laberíntico, complicaron sobremanera la correcta decodificación de sus textos.

Como el río Mississippi –que acorde con la mayoría de sus pares en el mundo, corre con una orientación meridiana y de Norte a Sur–, el pensamiento durkheimiano transitó por los cauces “naturales” de la efervescencia sociológica de su contexto, y ascendió casi en línea recta hasta desembocar en su cumbre. En contraposición, el proyecto weberiano, discurrió a contracorriente de sólidas fuerzas adversas, entre ellas el propio positivismo; serpenteó por entre varios campos cognitivos y la progresión de su curso dejó más bien una larga estela sinuosa. En eso Weber se asemejó más al Missouri, que fluye desde el Noroeste de los Estados Unidos hacia el Sureste, en un caprichoso trazo transversal.

No obstante, a pesar de sus notorios desacuerdos, podemos identificar en el esbozo aquí contorneado interesantes confluencias en algunas de sus conclusiones; por ejemplo, la gran importancia que ambos les otorgaron a los sistemas de valores y de normas colectivos respecto al comportamiento humano, así como a los procesos de socialización; obviamente, cada quien con sus matices: Durkheim, promotor de una concepción simplista de la conducta puramente reactiva y supeditada a los hechos sociales; Weber, con su compleja noción de la acción social, la interiorización simbólica del orden normativo y la tensión entre

racionalidad e irracionalidad. En la dictaminación moderna de la muerte de Dios (a la vez omnipresente de otras maneras), también coincidieron. Notorios fueron, asimismo, sus aportes a la sociología jurídica y a la sociología en general, tras argumentar uno y otro la enorme significación de la objetividad o neutralidad valorativa para la joven ciencia.

Talcott Parsons —“hijo adoptivo” de ambos padres que en buena medida sintetizó en su Teoría de la acción los paradigmas de sus “progenitores”—, destacó en *La estructura de la acción social*:

A pesar de sus diferencias —la absorción de Weber en los problemas de la dinámica social y la casi completa indiferencia de Durkheim hacia ellos; la preocupación de Weber por la acción y la de Durkheim por el conocimiento de la realidad—, sus resultados son casi idénticos en el esquema conceptual básico al que llegan. La identidad se aplica a, cuando menos, dos puntos estratégicos: la distinción entre los motivos morales y no morales de la acción en relación con las normas y la distinción entre la calidad de las normas como tales (Weber, legitimidad; Durkheim, autoridad moral) y el elemento más amplio del que ésta es una ‘manifestación’ (Weber, carisma; Durkheim, sacralidad). (1968: 816)

Pero, donde se consagró la mayor comunión de este par de gigantes de las ciencias sociales, fue en la ambición común de fundar una sociología sólida, autónoma y empírica. No cabe duda de que lo lograron, ¡y de qué manera! Vale la pena zambullirse una y otra vez en tan profundas aguas —ora apacibles, ora revueltas—, y empaparse de la sabiduría de “enemigos” tan íntimos. Eso sí, teniendo en cuenta las diferencias entre sus respectivos “vientres contextuales” y, a su vez, las de aquellos con las circunstancias actuales de las ciencias (incluidas las naturales). Con semejante cautela, la inmersión de seguro redundará en un mayor autoconocimiento de la humanidad, alejado de estériles desvaríos.

## Referencias bibliográficas

Carbonnier, Jean, 1982, Sociología jurídica, Madrid, Tecnos.

Durkheim, Émile, 2002, La división del trabajo social, México, Colofón.

\_\_\_, 2001, Las reglas del método sociológico, México, Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_, 1998, “La educación: su naturaleza y función”, En Educación y sociología, México, Coyoacán.

\_\_\_, 1982, Las formas elementales de la vida religiosa, Madrid, Akal.

Fariñas Dulce, María José, 1989, La sociología del Derecho en Max Weber, México, Universidad Autónoma Nacional de México.

Fleitas Ruiz, Reina, 2005, “La sociología política en Max Weber”, Studium. Revista de Humanidades, núm.11, España.

Lukács, Georg, 1967, El asalto a la razón, La Habana, Instituto Cubano del Libro.

Noguera Fernández, Albert, 2006, “Durkheim y Weber: surgimiento de la Sociología jurídica y teorización del Derecho como instrumento de control social”, Investigaciones Sociales, núm. 17, Perú.

Parsons, Talcott, 1968, La estructura de la acción social. Estudio de Teoría Social, con referencia a un grupo de recientes escritores europeos. II, Madrid, Guadarrama.

Portantiero, Juan Carlos, 1991, “El origen de la sociología. Los padres fundadores”, En Portantiero, J.C. (Ed.), La Sociología Clásica: Durkheim y Weber, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, recuperado de [http://www.oocities.org/ar/sociologia\\_nievas/textos/PORTANTIERO.pdf](http://www.oocities.org/ar/sociologia_nievas/textos/PORTANTIERO.pdf)

Ritzer, George, 1993, “Émile Durkheim y Max Weber”, En Teoría Sociológica Clásica, España, McGraw-Hill.



Santiago, José, 2011, “El cambio social y la constitución moderna en los clásicos de la sociología. Durkheim y Weber en perspectiva comparada”, *Revista Internacional de Sociología*, vol. 69, núm. 2, España.

Weber, Max, 2008, “Conceptos sociológicos fundamentales”, En *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva. Primera parte*, México, Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_, 2006, *La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo*, Madrid, Alianza Editorial.

\_\_\_, 1958, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

## Notas

<sup>1</sup> Las libertades políticas y los derechos individuales, proclamados por la burguesía de otras naciones europeas, en Prusia se postergaron en aras de evitar la radicalización de las posiciones de la clase obrera (Lukács, 1967).

<sup>2</sup> La oposición entre estos dos esquemas de valoración del conocimiento suele resumirse a la dicotomía “empirismo inglés” (Francis Bacon, Thomas Hobbes, John Locke, George Berkeley, David Hume) vs. “racionalismo continental” (René Descartes, Baruch de Spinoza, Nicolas Malebranche, Gottfried Leibniz, Christian Wolff).

<sup>3</sup> Con todo y el avance que significó el establecimiento de una ciencia autónoma dedicada al conocimiento de la sociedad, no es menos cierto que la sociología francesa nació vinculada a los intereses ideológicos de la clase dominante, surgió con la misión de legitimar y perpetuar el orden social burgués, con el encargo preciso de resolver los atentados desestabilizadores del proletariado.

<sup>4</sup> Esta corriente filosófica (a la que también tributaron Philipp Mainländer y Eduard von Hartmann) tendía al pesimismo, el sufrimiento y la desesperación. Su apuesta por el poder del dirigente que arrastra a la masa inerte y obediente, influye en la concepción weberiana de la democracia como herramienta propicia para el ascenso de “líderes fuertes”.

<sup>5</sup> Culminación de la discriminación kantiana entre *razón pura* y *razón práctica*.

<sup>6</sup> Tönnies acuñó el término *voluntarismo*.

<sup>7</sup> Los positivistas creían que las sociedades se regían por leyes generales (nomotéticas) y los subjetivistas defendían el papel medular de los rasgos específicos idiosincráticos (ideográficos) en la dinámica social.

<sup>8</sup> “En efecto, sin desnaturalizar el sentido de este término, se puede llamar *institución* a todas las creencias y todos los modos de conducta instituidos por la comunidad; podemos, entonces, definir la sociología como la ciencia de las instituciones, su génesis y funcionamiento” (Durkheim, 2001: 31).

<sup>9</sup> “El hecho de que las creencias y las prácticas sociales penetren en nosotros desde fuera no quiere decir que las recibamos pasivamente y sin hacerles sufrir ninguna modificación. Al pensar las instituciones colectivas, al asimilarnos a ellas, las individualizamos, les imprimimos, más o menos, nuestro sello personal; es así como, al pensar el mundo sensible, cada uno de nosotros lo colorea a su estilo, y por eso distintas personas se adaptan de modo diferente a un mismo entorno físico. Por esa razón cada uno de nosotros se fabrica, hasta cierto punto, *su* moral, *su* religión, *su* técnica. No hay conformismo social que no comporte toda una gama de matices individuales. Sin embargo, el campo de las variaciones permitidas es limitado. Es nulo o muy endeble en el círculo de los fenómenos religiosos y morales, donde la variación se convierte fácilmente en delito; es más amplio en todo lo que concierne a la vida económica. Pero, tarde o temprano, incluso en el primer caso, nos topamos con un límite que no podemos rebasar” (Durkheim, 2001: 31).

<sup>10</sup> Es justo señalar que Weber creía en la pluralidad causal.

<sup>11</sup> “‘Comprenderlo todo’ no significa ‘perdonarlo todo’, ni la mera comprensión del punto de vista ajeno entraña en cuanto tal, en principio, su aprobación. Antes bien, lleva, por lo menos, (...) a reconocer por qué y en qué *no* se puede coincidir. Precisamente ese conocimiento *es* un saber acerca de la verdad” (Weber, 1958: 235).

<sup>12</sup> Guenther Roth, Mary Fulbrook y Lars Udehn en Ritzer, 1993; Fleitas, 2005.

<sup>13</sup> El principal impulsor de la aplicación de la *verstehen* en las ciencias sociales fue Wilhelm Dilthey, quien situaba la comprensión y la penetración humana en la antípoda metodológica del principio de causa-efecto (tan caro a las ciencias naturales). Weber no compartió esa dicotomía, como tampoco la predilección de Dilthey por la endopatía; en contraste, priorizaba lo racional (Fleitas, 2005).

<sup>14</sup> Aunque se enfatiza en el enorme aporte de Karl Marx al pensamiento social, y también se le considera padre de la Sociología, dedicó más atención a los temas puramente económicos, en primera instancia y, en menor medida, a la política.